

FELIPE DE CHAMPAIGNE.



MUSEO DEL LOUVRE.—Retrato de Felipe de Champaigne, pintado por él mismo.

Seis años antes de su muerte, en 1668, Felipe de Champaigne que tenía entonces sesenta y seis años, pintó ese hermoso retrato que posee el Louvre, y en cuyo último término se descubren las dos torres de Santa Gudula de Bruselas, patria del pintor.

Felibien despues de decir que es uno de los mejores retratos que hizo Champaigne, añade que este pintor era un hombre comeido y virtuoso, de una apostura formal y seria y de una conciencia recta. Estas palabras son tan verdaderas como el retrato mismo: nunca se vió una armonía mas completa entre el hombre interior y el exterior: Felipe de Champaigne, cuerpo, alma y jenio, se halla todo entero en su retrato.

La vida de este ilustre pintor ofrece un alto y variado

interes, y sus tres fases principales se hallan marcadas por su amistad de juventud con el Poussin, por su austero afecto á la reina madre, y por haber abandonado á los jansenistas la direccion de su conciencia.

Felipe de Champaigne nació en Bruselas el 26 de mayo de 1602. Como la mayor parte de los maestros predestinados, principió por pintar figuras en sus libros de escuela. Su padre, que poseía una fortuna muy modesta, combatió su pasión por el dibujo hasta que al cabo tuvo que ceder, y le llevó al estudio de un pintor de Bruselas, llamado Juan Bouillon, en donde Felipe permaneció cuatro años, yendo despues á estudiar con diferentes maestros.

Eu 1621 á la edad de 19 años salió de Bruselas y vino á Paris con la intencion de permanecer algun tiempo en esta

ciudad. Desde aquel día la Francia tomó posesión de Champagne adoptándole por haber reconocido en él lo que caracteriza el genio francés en las bellas artes que es la razón, porque Champagne era ante todo un pintor de razón.

Nuestro joven pintor entró en relaciones con el Poussin, y ambos trabajaron juntos bajo la dirección de Duchesne en las obras que la reina María de Medicis mandó ejecutar en el palacio del Luxemburgo. La manera de pintar y el gusto de sus adornos no solo le granjearon á Champagne el favor de la reina, sino que le adquirieron un protector muy útil que fué el abate de San Ambrosio, Mangis, intendente de las propiedades de la reina, uno de los hombres que mas influencia ejercieron en el progreso de las bellas artes en Francia.

Sin embargo Champagne salió de Paris en 1627 cediendo por una parte al deseo de su hermano mayor que le llamaba á Bruselas, y por otro temiendo desagradar á Duchesne con el amor que habia concebido por una de sus hijas, pero en cuanto llegó á Bruselas recibió una carta del abate de San Ambrosio en que le notificaba la muerte de Duchesne, y tantas súplicas le hacia para que volviese pronto á Francia para entrar en su título y puesto de primer pintor de Su Majestad, que Champagne volvió á Paris el 10 de enero de 1628. La reina le dió un aposento en el Luxemburgo con 4,200 libras de sueldo.

En 1628 Champagne se casó con la hija mayor de Duchesne, y diez años despues tuvo el sentimiento de perderla quedándole un niño y dos niñas de su matrimonio.

El espíritu de devoción ardiente y severo de que se halló animada la corte en tiempo de María de Medicis, de Ana de Austria y de Luis XIII, no podia haber hallado un intérprete mejor que el severo y frío pincel de Felipe de Champagne. Durante aquella época fué el pintor de la corte y de los conventos que patrocinaban las dos reinas, componiendo una porción de cuadros para ellos.

El rey le mandó pintar en 1634 el cuadro de la ceremonia de la orden del Espíritu Santo verificada en 1633, en donde se ve á M. de Longueville recibiendo de manos del rey las insignias de caballero.

Richelieu trató de granjearse la confianza del pintor, y para ello le mandó hacer cuadros á montones, y despues le mandó hacer varios viajes á Richelieu donde quiso obligarle á vivir con su familia, bajo el pretexto de que tenia que trabajar allí, pero Champagne no quiso consentir nunca en desterrarse de Paris, para ir á habitar un sitio como Richelieu que no le gustaba mucho. El cardenal le manifestó el sentimiento que le causaba aquella negativa, y hasta llegó á decirle un día con amargura, que no queria unirse á él porque ya lo estaba con la reina madre. En efecto, era un bello espectáculo, el ver que cuando todos los cortesanos se adherian al cardenal, Rubens y Champagne permanecian fieles á la pobre María de Medicis en su desgracia.

El duque de Orleans le dejó á Champagne su aposento en el Luxemburgo; pero cuando *Madama* llegó á Paris, salió de ese palacio y se fué á vivir á la isla de Nuestra Señora donde tenia una casa propia; y en 1647 se estableció en el faubourg Saint-Marceau en lo alto de la Montaña, para disfrutar de buen aire y mucha tranquilidad, queriendo, ante todo libertarse de hacer retratos que le distraían de trabajar en otras obras por las que sentia mas inclinación, y allí vivió hasta que los disturbios de la Fronde le obligaron á volver á la ciudad yendo á habitar una casa que tenia detras de San Antonio, donde murió.

En 1654 Champagne hizo un viaje á Bruselas para ver á su hermano. El archiduque Carlos en cuanto supo su llegada le suplicó que hiciese un cuadro de Adán y Eva del tamaño natural, llorando la muerte de Abel; Champagne ejecutó esta pintura al año siguiente, y el archiduque para manifestarle lo satisfecho que estaba, dió á uno de los sobrinos del pintor un empleo de inspector en los dominios de Flandes.

Despues de su viaje á Bélgica, Champagne principió tres inmensas composiciones destinadas á servir de modelos de tapicería para la iglesia de San Gervasio. Seria difícil dar aquí el catálogo de las inmortales obras de Felipe de Champagne. Nuestros lectores pueden formarse una idea, con solo decirles que vivió setenta y dos años, trabajando constantemente todos los días desde las cuatro de la mañana.

La mucha consideración que disfrutó en la corte y entre los artistas de su tiempo, le hizo obtener la entrada en la Academia real de pintura y escultura cuando su creación en 1648; pero antes tuvo el dolor de perder á su hijo único que murió de una caída en que se partió la cabeza. Para calmar un poco su dolor, suplicó á su hermano mayor que le enviase uno de sus hijos, como lo hizo mandándole al mas joven llamado Juan Bautista que tenia unos diez años de edad, el cual entró en Paris el mismo día en que Luis XIV fué proclamado rey.

Felipe de Champagne encontró tambien un consuelo en el afecto de su hija mayor, religiosa en Port-Royal; porque despues de la muerte de su mujer puso á sus dos hijas en aquella casa, aconsejado por M. de Péréfixe, entonces obispo de Rhodéz, que fué despues arzobispo de Paris.

La mas joven murió en Port-Royal, y la otra quiso tomar el velo, á pesar de que Champagne lo sintió mucho, porque era la única que le quedaba.

Una de las mas hermosas pinturas de Champagne que posee el Louvre, representa la enfermedad de su hija, viéndose dos religiosas con las mejillas pálidas y transparentes, una tendida en una cama, y la otra arrodillada junto al lecho.

El temperamento, el carácter austero y recto y la sólida piedad de Felipe de Champagne le habian hecho contraer relaciones desde su juventud con los jansenistas de la familia Arnault, habiéndonos conservado sus retratos todos. El artista adoptó rigurosamente su severidad de costumbres y de prácticas religiosas, y por eso su delicadeza de conciencia no le permitió jamás el tratar asuntos mitológicos. Observaba el descanso del domingo con tanto cuidado, que un consejero amigo suyo llamado M. Doucet no pudo una vez, por mas que hizo, conseguir el que trabajara ese día en el retrato de su hija, que iba á entrar en las Carmelitas. Si la fria gravedad del pincel de Champagne no hubiese sido conocida antes, se habria podido acusar á sus amistades de Port-Royal de haber helado la gracia de un compatriota, y contemporáneo de Rubens; pero Champagne estaba verdaderamente predestinado á ser el pintor de Port-Royal, y los historiadores le han caracterizado perfectamente llamándole el *pintor jansenista*.

A los setenta y dos años, Felipe de Champagne sintió que su fin se aproximaba, y en efecto, el 8 de agosto de 1674 se vió atacado de una enfermedad que lo llevó al sepulcro el 12 del mismo mes.

UN CUADRO
DE
MONTERIA Y CETRERIA
EN LA EDAD MEDIA.

Tradicion sobre los Monteros de Espinosa. (1)

Preocupado con recuerdos de la edad media, atravesaba no hace muchos meses las pintorescas montañas donde nace el Ebro, y admiraba las soberbias y carcomidas fortalezas que por allí coronan las cumbres ó estorban la entrada de los valles. Muellemente mecido por el movimiento rápido del carruaje, iba repasando allá en mi fantasía las imágenes contraídas en la lectura de las crónicas y romances castellanos, y representándome al vivo las escenas de caza que, no digo pudieron realizarse, sino que seguramente se realizaron en torno de aquellos baluartes. Me figuraba un infante de Carrion, un Castro, un Lara ó un Haro, ó cualquiera otro altivo caballero de aquellos que reclutaban hueste con pendones propios, y que tan pronto corrían á sangre y fuego la comarca del moro, como se declaraban hostiles é inobedientes al monarca. Me figuraba, repito, á uno de estos señores establecidos con su solar y familia entre aquellas asperezas. La caza, la guerra y la equitación eran los únicos medios con que podía interrumpir la sucesion de los días. ¡Cuán triste debía ser la condicion de sus damas en semejante soledad! Sepultadas cual sombras entre muros sombríos, me parecia contemplarlas reclinadas con rostro melancólico en las altas almenas, turbadas con los temores de algun azar adverso, y solícitas por columbrar en el horizonte la enseña victoriosa del esposo ó del hijo. Bajo esas bóvedas, decia á mí mismo, habrán resonado las cuerdas del laud, pulsado por la breve mano de alguna linda heredera, y á veces los cuentos quiméricos y las bufonadas de juglares y enanos habrán disipado el enfado de las dueñas en las noches largas de invierno. Eran los tiempos en que los monjes recibían franca y piadosa hospitalidad, y en que el cansado peregrino entraba como en ovación en estas severas y magníficas moradas de nuestra nobleza. La presencia de estos hombres venerables debía escitar una sorpresa parecida á la del navegante que, engolfado en el ancho mar, ve cada día el mismo cielo y horizonte, y mira con interes la aparicion del ave cansada que viene á posar sobre las antenas.

Tan enojosa vida solo podia hacerse variable con expediciones concertadas á correr el monte, ó con alguna numerosa cabalgada de cetrería. ¡Cuánta animacion, qué regocijo, qué alegre importancia debían preceder á los preparativos de la corrida campestre! Si era montería, congregábase muchedumbre de villanos provistos de caracoles y de otros ruidosos instrumentos pastoriles, y seguidos de gran caterva de perros bien nutridos y briosos: por una parte la cuadrilla de caballeros armados de ballestas y lanzones esperaba en oscura emboscada, ó se apostaba á caballo para abalanzarse á carrera sobre las reses, y en otra construíanse andamios entoldados con ramas y arteficio rústico para que las matronas, las doncellas y las dueñas dominasen el campo y admirasen las suertes de la caza y la destreza de los cazadores. Solían algunas de las espectadoras sentirse poseidas de varonil espíritu, y bajando

(1) INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERIA Y LOS DEMAS EJERCICIOS DEL CAZADOR, por don Miguel Lafuente Alcántara.

apresuradas de sus tabladros, disparaban flechas con certera puntería, ó remataban con el cuchillo ó con el venablo al javalí ó al gamo revuelto en porfiada lucha con los lebreles.

Aun era mas vistosa, de mas aparato y diversion la caza de cetrería, reservábase esta comunmente para esparcimiento de señoras, y realizábase con entera comodidad, con incesante algazara y regocijo. Encomendábase á cada aficionado un azor ó un neblí, un borni ó gerifalte; poníanse las parejas en línea, y montadas á caballo entraban explorando el monte con paso tranquilo, y lanzaban las aves de caza á medida que levantaban su vuelo las campestres. Allí comenzaba el interes y se detenía la comitiva viendo cómo el pájaro de rapiña perseguía á su enemigo, y cómo el perseguido jiraba y se valía de astucia en la rejion del aire para esquivar la muerte. La satisfaccion y la vanidad debían halagar el ánimo de los caballeros cuando los dóciles pájaros, convertidos en fieles ejecutores de sus deseos, regresaban á deponer el tributo de su agilidad y de su fiereza entre las manos de alguna linda castellana. La caza proporcionaba en estos tiempos medios de comunicacion y de familiaridad; durante ella disipábanse muchos rencores, podían acallarse rivalidades peligrosas, y mas de una vez prestó ocasion á felices enlaces de familia y simpáticas afecciones.

Y no se nos censure por consignar ilusiones parecidas á los idilios de que nos hemos burlado; no, estos recuerdos tuvieron realidad, que se comprueba con nuestra legislación, con nuestras crónicas, con libros que príncipes y altos caballeros de Castilla han compuesto sobre la caza: son hechos de que hay memorias, tradiciones populares, y hasta notable institucion en el palacio de nuestros reyes. Tal es la creacion de aquella parte de la servidumbre real conocida con el nombre de los *Monteros de Espinosa*.

Es fama de que á fines del siglo X obtenía el señorío de Castilla don Sancho Fernandez, hijo del famoso conde Fernan Gonzalez y de su esposa doña Sancha. Tuvo esta señora la debilidad de aficionarse á un arrogante emir sarraceno que á la sazón lidiaba en la frontera, y como el orgullo del linaje, el sentimiento de amor patrio y la piedad cristiana de don Sancho, fuesen insuperables obstáculos para dar pábulo á tan liviana pasión, se decidió la condesa á envenenarle, á renegar de su fé y aceptar la mano del moro. Este proyecto abominable fué denunciado al hijo por un escudero, al cual se lo habia revelado su amiga, doncella de la condesa. Con tal prevencion, y advertido el conde de la bebida emponzoñada que le estaba preparada, llenó una copa y brindó á la condesa para que la gustase. Rehusándolo esta, reiteró el conde sus instancias; y como perseverase en su negativa, se levantó don Sancho con grave ademán, y amenazándola con torvo semblante la hizo apurar la copa y morir adormecida por el tósigo.

Añade la leyenda que, agradecido á la fidelidad de sus sirvientes, autorizó su casamiento, les hizo larga merced en la villa de Espinosa, y les otorgó el privilegio de que sus descendientes fuesen guardas herederos de la casa de Castilla en la corte y en el monte. Los monteros de Espinosa constituyen hoy parte de la servidumbre real. Entre las rentas que se les asignó posteriormente se contaba un tributo que pagaban los judíos de las poblaciones donde pernoctaban estos monteros durante las expediciones de caza.

CARLO MAGNO.



Imprenta de Blosdau.

OCTAVIO.

(Véase nuestro n. 21.)

Entretanto madama de Esparon continuaba en silencio su vida solitaria de Blignieux. Sus relaciones de vecindad, que nunca habia frecuentado nucho, se cortaron enteramente. Puede decirse en jeneral que todo el mundo la compadecia y la estimaba, aunque sin experimentar por

ella una gran simpatía, porque el mundo se muestra tan severo para con el abuso de ciertas virtudes, como para con la ostentacion de ciertas faltas. Siendo muy fácil equivocarse tomando por orgullo la reserva de madama de Esparon, se habia creído muy natural que Octavio, cuyas inclinaciones eran bastante conocidas, no hubiese podido acomodarse con ella, y cuando estalló la ruptura, no causó

ninguna extrañeza, á pesar de que por la forma se criticó algun tanto á M. de Esparon.

Indiferente á las hablillas del mundo y poco comunicativa con las personas de su casa, madama de Esparon se consagró exclusivamente á la educacion de Alberto, pero hasta en esto la esperaba una pesadumbre acaso mas intima y cruel que todas las demas.

Alberto siempre solo con su madre, sin dejarla jamas, parecia que no podia amar otra cosa ninguna en el mundo y que debia formarse entre ambos uno de esos lazos que confunden dos almas en una, dos vidas en una sola; mas sin embargo no sucedió así. Alberto habia sido desde la cuna una de esas criaturas privilegiadas que Dios en su bondad concede algunas veces á los matrimonios desgraciados, así como permite que los árboles doblegados por la tempestad renazcan de sus raices sobre un vástago nuevo y hermoso. Se parecia enteramente á sus padres; tenia la lealtad y la rectitud de Marcelina y la organizacion delicada y poética de Octavio. Desgraciadamente la educacion que le dió su madre fué mas austera que afectuosa. Conociendo á lo que conducen los extravíos del espíritu, la condesa puso un cuidado particular en preservar á su hijo de esos dulces y peligrosos resplandores que tan caro le habian costado, pero lo hizo sin tino ni medida. Alberto conforme iba creciendo sentia en su corazon una necesidad de expansion y de ternura que madama de Esparon no supo satisfacer, y entónces, en la ignorancia completa en que se hallaba, principió á preguntarse tímidamente en qué consistia la ausencia de su padre, y se lanzó en esa huella misteriosa sin otro guia que su inquieta curiosidad. Cuando Octavio salió de Blignieux, Alberto iba á cumplir seis años, edad ya suficiente para haber conservado del conde una imájen suave y confusa como todos los sueños de la infancia. Un recuerdo se le habia quedado obstinadamente en la memoria, y era el de una noche de otoño durantela cual habia creído oír en sueños un movimiento y un ruido inusitados en el castillo de sus padres; despues al despuntar la aurora, una puerta se habia abierto de repente, y un hombre se adelantó presuroso hácia su lecho, inclinó su pálida frente sobre su rostro é imprimió un prolongado beso en sus mejillas; un instante despues todo habia desaparecido, y aquel mismo dia le dijeron á Alberto que su padre se habia marchado.

Durante algun tiempo, el niño habia hecho preguntas á la madre sobre aquella ausencia, quien le respondia vagamente que Octavio estaba viajando; pero los niños tienen un instinto tan seguro y penetrante para ciertas heridas de familia, que bien luego Alberto comprendió que no debia pasar adelante en sus preguntas. Entónces era cuando madama de Esparon, si hubiese sabido aprovecharse de aquellas primeras inquietudes, habria borrado en el alma de Alberto todo afecto anterior; pero sucedió todo lo contrario; entristecido con la fria austeridad de su madre, el jóven se entregó á sus primeras impresiones, y volviendo á hallar en su memoria aquella vision matinal que le habia representado á su padre en el momento supremo de la despedida, le pareció que desde aquella época habia principiado á manifestarse en él la facultad de amar y de sentir, atribuyendo todo el beneficio á Octavio. Bien luego estas ideas confusas se aumentaron con otro sentimiento. No hay país en el dia, por atrasado que esté, donde no penetren los periódicos; sin embargo, no iba ninguno á Blignieux, y solo un dia por casualidad Alberto se encontró con un número descabaldado en donde se ha-

blaba de Octavio de Esparon como de un hombre célebre. Las palabras de gloria se leian á cada línea, como se acostumbra en nuestros tiempos, en que se distribuyen con prodigalidad como se daban los *assignados* cuando la otra República. Alberto esperiméntó tal sensacion de alegría, que creyó que se volvia loco. Llevarse el periódico á su cuarto, leer y releer aquellas pocas lineas, estrecharlas contra sus labios, sentirse sobrecojido de un respeto supersticioso por aquel pedazo de papel impreso que, á su juicio, no podia mentir, ese fué el resultado de su descubrimiento, y desde aquel instante, el afecto indeciso y curioso que habia concebido por su padre se volvió un verdadero entusiasmo, mezclado con el orgullo de llevar su nombre y el deseo de iniciarse en su vida.

Sin embargo, no porque Alberto se hallase algo violento al lado de su madre, ó esperiméntase una grande inclinacion por la lejana y seductora imájen de Octavio, se le habia ocurrido nunca el pensamiento de que podria separarse de su madre. Como todo parece fácil en los primeros dias de la juventud, se forjaba en su mente la ilusion de que acaso un dia llegaria á ser el mediador en la reconciliacion de ambos esposos, y aquí se detenian todos sus sueños y deseos; pero la condesa no sabia adivinar una palabra de todo ello, y el único misterio que habia penetrado era aquella parcialidad de Alberto, que desgarraba las fibras mas delicadas de su corazon.

Mientras que esas dos almas heridas luchaban de este modo contra padecimientos ocultos, Jorje de Charvey habia esperiméntado muchos cambios en su destino: habia perdido á sus dos hermanos mayores y se encontraba único heredero de su nombre; pero si entónces tuvo algun sentimiento al pensar en el valle de Ogerolles, no lo dejó traslucir en su conducta. Esclavo de lo que consideraba como su deber, se habia casado por conveniencia, pero su mujer habia muerto dos años despues dejándole una niña, y M. de Charvey cediendo de nuevo á su vocacion, volvió á entrar en el ejército y confió su hija á una de sus hermanas. Llegado al grado de coronel al cabo de una larga y penosa residencia en Africa, no habia nunca perdido de vista durante sus campañas ó en sus cortas apariciones en Francia, aquel pobre rincon de los Altos Alpes que habitaba madama de Esparon. De este modo supo alternativamente las disensiones ocurridas en aquel matrimonio, el nacimiento de Alberto, la marcha del conde y sus triunfos en Paris, pero jamas habia puesto los piés en la comarca y madama de Esparon no solamente no le habia vuelto á ver, sino que ignoraba casi del todo la existencia de aquel amigo desconocido que se consideraba como muy desgraciado, no pudiendo mitigar sus dolores pasados, ni protegerla contra los nuevos que la amenazaban.

II.

Mas de doce años habian ya trascurrido desde el dia en que salió de Blignieux M. de Esparon. Alberto acababa de cumplir los diez y ocho, y su aniversario en vez de alegrar á la condesa la sumerjia en las mas melancólicas reflexiones. Sola en su vasto salon, aposento cuasi desamueblado, y tapizado de un color oscuro, volvia de tiempo en tiempo sus miradas hácia las ventanas que daban á la azotea por donde se descubria una parte de aquel frio paisaje, sombrío aun con las nieblas de noviembre. Todos los objetos exteriores se hallaban en armonia con los pensamientos de

madama de Esparon, que al tratar de reunir sus recuerdos no encontraba mas que motivos de tristeza y de dolor.

De repente su meditacion fué interrumpida por una voz juvenil y clara que resonó por fuera mezclada con los alegres ladridos de los perros; un alto y hermoso jóven apareció á la estremidad de la azotea seguido de dos perros jugetones cuyas fiestas le costaba trabajo reprimir. Madama de Esparon medio oculta detras de las cortinas de una de las ventanas, le miraba sin ser vista, y su alma toda entera parecia hallarse concentrada en su mirada. En aquel mismo instante entró un criado entregándole una carta que acababa de traer el cartero. Una simple ojeada le bastó á madama de Esparon para conocer la letra; la carta era de su marido y en ella le pedia que le enviase á Alberto.

Los egoistas tienen un arte prodijioso para perdonar el mal que han hecho, y envolverse en la amnistia que conceden á sus víctimas. Leyendo la carta de Octavio se hubiese dicho que al decidirse á salir de Blignieux, no habia tenido otro pensamiento que el de asegurar el reposo de madama de Esparon al mismo tiempo que satisfacer sus ambiciosas ilusiones; se hubiese dicho que aquellos disenti- mientos causados en otros tiempos por la inquieta vanidad del poeta eran culpa de ambos, y por último nadie hubiera creído que las partes fuesen tan desiguales. M. de Esparon al hablar de sus triunfos como para justificarse, encontraba muy natural el reclamar la única felicidad que le faltaba, aquel Alberto cuya presencia seria para él el manantial purísimo que le refrescaria el corazon. «No es—añadia,— una órden, ni una peticion la que os dirijo, es únicamente una súplica; y deseo sobre todo, si Alberto viene á verme, que lo haga libre y espontáneamente.» Y luego terminaba de este modo, como un hombre que creyendo no haber faltado á su deber, no tiene mas que hacer que arrojar algunas flores sobre la tumba del pasado: «Y ahora, permitidme que os diga adios. Os pido perdon por esta carta y por el sentimiento que la ha dictado. Perdonémosnos reciprocamente; el tiempo y la ausencia, tan tristes para los que se aman, son un consuelo para aquellos que no han podido avenirse juntos; arrugan, pero cicatrizan; debilitan el cariño, pero tambien acaban con los rencores. Seamos amigos, pues; y que al abrazar á Alberto pueda decirme que su madre no siente ya al pensar en mí ni pesadumbre ni odio, y que no maldice el dia en que la conocí, ni aquel en que nos separamos.»

Madama de Esparon leyó dos veces esta carta como si hubiese querido hacerse cargo de cada frase y de cada palabra. Con esa rápida perspicacia hija de la costumbre de padecer, midió en un instante la estension de esa nueva desgracia, tanto mas segura cuanto que lo poco que habia adivinado en el corazon de Alberto no la dejaba duda ninguna sobre la determinacion que tomaria, y le hacia mil veces mas cruel la demanda de M. de Esparon. Sin embargo tuvo bastante fuerza para contener toda aparicion de emocion; se volvió á la ventana, la abrió, y le dijo al jóven:

— Alberto, ven; tengo que hablarte.

Alberto obedeció. Ambos permanecieron un instante silenciosos, pero madama de Esparon no podia estar mucho tiempo indecisa, y ella fué quién entabló la conversacion.

— Alberto, — le dijo, — acabas de cumplir diez y ocho años y nunca has salido de Blignieux.

— ¿Acaso me he quejado de ello? — respondió el jóven con serenidad.

— No, y te lo agradezco; pero no quisiera hacerte muy penosa tu sumision: si alguno de nosotros tiene que hacer un sacrificio, no debe tocarte á tí.

Alberto miró á su madre como para adivinar el sentido de sus palabras, y ella continuó:

— Esta vida es muy triste, lo conozco; ¿quién ha de estar alegre conmigo? Aquí no tienes amigos, ni puedes proporcionarte los placeres propios de tu edad... á no ser la caza, que sabe Dios el miedo que me inspira, á pesar de que nunca te lo he dicho...

— ¿Y porqué?

— Porque hay ciertas cosas que es preciso saber soportar sin quejarse, y no es esa una de las mas dolorosas.

En seguida, viendo que Alberto iba á replicar, su madre continuó con presteza:

— Hace mucho tiempo, Alberto, que no me hablas de M. de Esparon.

El jóven se estremeció y un relámpago pasó ante sus ojos.

— Ha sido porque despues que me entró la reflexion, he creído que no debía volver á hablaros de él.

— Verdad es, — murmuró madama de Esparon en voz baja. — ¡Terrible castigo de las discordias de familia, que los nombres mas dulces y queridos tengan que estar desterrados de la boca de los hijos! — Has hecho bien Alberto, — continuó en alta voz; — y si yo te hablo hoy de M. de Esparon es porque no puedo pasar por otro punto; me ha escrito diciéndome que te tengo ya en mi poder demasiado tiempo.

— ¿Qué decis? — exclamó el jóven fuera de sí, y sintiendo despertarse en su corazon todas sus ternuras filiales.

— Digo que M. de Esparon reclama tambien su parte y que te llama á su lado.

— ¿Y vos consentis? — balbuceó Alberto con una emocion que le fué imposible disimular.

— No soy yo quien debe decidirlo, sino tú, — contestó su madre mirándole fijamente, — porque así lo ha dispuesto el conde.

La pobre criatura no tuvo valor para responder.

— ¿Y no dices que no, no es verdad?

El jóven tampoco respondió.

— Está bien Alberto; te irás mañana. Ahora tal vez deberia hablarte de esa vida nueva, de ese mundo en donde vas á entrar, y de los peligros que te esperan... ¿pero de que te serviria? ¿Que pueden valer para un alma seducida los consejos de una pobre mujer que lo ignora todo?... Un eco siempre el mismo, que se oye por respeto, y que se olvida luego... Olvidame, si necesario fuere, Alberto; pero piensa algunas veces en Dios, que juzga los corazones y á quién yo rogaré por tí. Ahora nec s to estar sola y reunir mis fuerzas para poder soportar esa separacion. Voy á enviar á tomar el billete de la diligencia, y montarás en el camino delante de la granja de los majuelos.

Madama de Esparon trató de evitar durante todo el resto del dia una nueva explicacion. Para adivinar lo que pasaba bajo aquella frialdad aparente, hubiera sido menester un observador algo mas hábil que Alberto; de este modo todo conspiraba para mantener entre su madre y él aquella valla artificial que hubiera podido desaparecer en una última conversacion. Alberto hubiera deseado desahogar su alma de los pensamientos tumultuosos qu

la devoraban, y próximo á realizar lo que nunca le habia parecido mas que un sueño, esas dos brillantes visiones, su padre y Paris, hubiera pagado con su sangre una de esas dulces conversaciones en que dos corazones en el momento de romper con la ausencia el lazo visible que les une, sustituyen con la confianza y el amor otro lazo misterioso que les consuela. Esto es lo que le faltaba á Alberto. El jóven se salió al campo corriendo largo tiempo como huyendo de la fiebre que se iba apoderando de él; hasta que por último se sentó á un lado del camino junto á una pradera agostada por el cierz de otoño, y allí se puso á mirar aquellas colinas que hasta entónces habian formado todo su horizonte, aquellas casas sembradas en los campos por cuyas chimeneas se escapaba una lijera columna de humo, y aquellos Alpes lejanos cuyos plateados perfiles se destacaban sobre un fondo oscuro, y palpitando á la vez de tristeza y de esperanza, solo en medio de aquel melancólico paisaje, le pareció que su corazon se desahogaba confiando á aquella naturaleza inanimada lo que no podia decir á nadie.

A la mañana siguiente Alberto y su madre se dirigieron hácia el camino por donde debia pasar la diligencia. El pequeño equipaje del jóven le llevaba una vieja criada llamada Mariana Brechet que, despues de haber cuidado sucesivamente en su infancia á madama de Esparon y á su hijo, se habia quedado con ellos sin ningun cargo señalado. Mariana Brechet ofrecia en toda su persona el tipo, hoy casi agotado, de esa raza de viejos servidores sobre los cuales no insistiré habiéndose abusado de ellos hasta lo sumo en la novela moderna; jentes inútiles y necesarias, preciosas é insoportables, cuyo afecto indijesto nos impacienta y lo agradecemos, que nos sirven á pesar nuestro, nos aman y nos atormentán, que enviamos veinte veces cada día á todos los diablos, y que no por eso dejarán de morir en nuestra casa, ó de llorar junto á nuestro féretro. Mariana no habia cesado desde la vispera de enfadarse con sus amos por aquella marcha, y continuaba su letanía al llevar el cofre de Alberto sin que nadie se lo hubiera mandado. Los dos perros seguian la comitiva con las orejas bajas como presintiendo lo que iba á suceder. El jóven no se atrevia á entregarse á sus impresiones y madama de Esparon ocultaba las suyas bajo un impenetrable velo. Al cabo de una media hora llegaron todos al camino enfrente de la granja, por donde debia pasar la diligencia. Alberto trémulo de emocion se arrojó en los brazos de su madre quien, durante un instante le apretó sobre su corazon con una fuerza sobre natural; pero fué demasiado corto aquel momento para que Alberto hubiera podido aprovecharle, y ademas la diligencia llegó casi al mismo tiempo. Hubo aun otro rápido abrazo; despues el jóven subió al coche, los caballos partieron al galope, y una mano y un pañuelo se ajitaron á la portezuela; veinte pasos mas allá, el camino torcia de repente y en un instante la diligencia desapareció. Bien luego hasta el ruido de las ruedas se perdió á lo léjos, y madama de Esparon, que se habia quedado inmóvil en medio del campo, no oyó mas que las lamentaciones de Mariana y la voz plañidera de los dos perros que jemian á su lado. Entónces miró en su derredor con un dolor sombrío que ya no necesitaba ocultar mas tiempo, y despues volvió á tomar á pasos lentos el camino de Blignieux. Todos sus recuerdos se agolpaban en su imaginacion, y recojia una á una las memorias de aquel pasado cuyos secretos habia enterrado en su resignado corazon: lo que habia padecido su alma casta y noble con la ar-

diente imaginacion y el corazon lijero de Octavio, la parecia que se reanimaba ánte sus ojos con aquel nuevo golpe que sentia. Por segunda vez se veía castigada por culpas que no habia cometido, y herida en afecciones que no habian sabido descubrir ni aun los mismos que las inspiraban. Pero ¡ay! tambien Alberto se habia engañado, Alberto con cuyo corazon y rectitud habia contado! ¡Y ahora se separaba de su lado, y acaso para siempre! La influencia fatal, el terrible fantasma le robaba su último consuelo, como habia hecho ántes con la felicidad y el reposo de su vida!

Sin embargo madama de Esparon no murmuraba contra el cielo, ni contra Octavio. A medida que se iba acercando á Blignieux, sepultaba poco á poco en su alma ese nuevo tesoro de resignacion y de dolor. Cuando llegó al castillo se fué al instante al cuarto de Alberto y arrodillándose en las losas exclamó:

— ¡Compadecéos de él, Dios mio, porque no tiene otro amparo en el mundo!

(Se continuará.)

Hay muchos medios para enriquecerse, pero pocos que sean honrados: la economía es uno de los mas seguros, y sin embargo no puede decirse que sea enteramente inocente, porque es algun tanto contrario á los deberes que nos imponen la humanidad y la caridad. BACON.

La primera emigracion de la casa paterna, es el primer disgusto formal que experimentamos en la vida.

LADY MORGAN.

Una educacion liberal nos acostumbra á desviar nuestra atencion de las percepciones presentes, llevándola, á nuestra voluntad, sobre los objetos ausentes, pasados ó futuros; este es uno de sus efectos principales. A la primera ojeada se ve ya cuánto puede ensanchar esta costumbre el círculo de nuestros placeres y nuestras penas; porque sin hablar de los recuerdos del pasado, toda esa parte de felicidad y de miseria que resulta de nuestras esperanzas y temores, debe totalmente su existencia á la imaginacion.

A todos aquellos cuya educacion fué bien dirigida, la imaginacion les abre un manantial inagotable de goces, ofreciendo sin cesar á su pensamiento las mas nobles imágenes de la humanidad, y las ideas mas consoladoras de la Providencia, dorando bajo las sombrías nubes de la mala fortuna las perspectivas del porvenir.

La ciudad de Lóndres contiene mas de dos millones de habitantes, en un círculo de cinco millas de radio. Calcúlese pues la cantidad inmensa de viveres que se necesitan para darles de comer á todos. Hé aqui algunos pormenores del consumo anual: 400,000 novillos; 776,000 carneros; 250,000 corderos; 250,000 terneras; 249,000 lechones y cerdos; 4.200,000 cuartales de trigo; 420,000 toneladas de pescado; 43,000 toneladas de queso, y 44,000 id. de mantequilla; 3.000,000 de toneladas de carbon; 65,000 pipas de vino; 2.000,000 de galones de bebidas espirituosas; 40.000,000 de galones de leche; 2.000,000 de póter y ale, cerveza.

EL COFRECILLO PORTATIL.

Dicen que el Ticiano habia pintado primeramente en vez de ese cofrecillo una bandeja de plata con la cabeza de San Juan Bautista, por lo cual esa hermosa jóven que la llevaba, volví su rostro, se inclinaba hácia atrás como huyendo el olor de la sangre, y alzaba bien alta la bandeja tocándola lo ménos posible con sus blancas manos, por temor de mancharlas. Sin embargo el Ticiano, borró despues la cabeza y pintó en su lugar un cofrecillo para guardar pedrerías. Tal vez le repugnaba el ver aquella imájen de la muerte tan cerca de esa graciosa jóven que, según la tradicion, es el retrato de su hija, ó acaso hizo solo ese cambio por satisfacer la delicadeza del principe ó gran señor que le compró su cuadro. Lo cierto es que con esta sustitucion el cuadro se volvió profano, de religioso que era ántes, y la complaciente doncella de la cruel He-

rodias se vió trasformada en camarista de alguna reina, llevándola al tocador, con todo el respeto que tienen por esas cosas las mujeres, un cofrecillo de oro lleno de perlas y diamantes.

La hija del Ticiano fué según dicen, tan virtuosa como bella, y el grande artista, mas feliz que el Tintoreto, no tuvo en vida el dolor de perderla. Ticiano tuvo ademas dos hijos; el primero llamado Horacio, manifestó felices disposiciones, pero no produjo mas que un corto número de obras. Ponponio que era el segundo, fué canónigo en Milan y se condujo bastante mal para causar algunas pesadumbres al Ticiano.

El cuadro del *cofrecillo portátil* estuvo mucho tiempo en París en la galería del palacio real, que no existe ya hace mucho tiempo. La Inglaterra posee hoy la mayor parte de las obras maestras de que se compone esta preciosa colección.



El Cofrecillo portátil, por el TICIANO.—Dibujo de M. STAAL.

Imprenta de BLONDEAU